

La misión del tomismo y de la Sociedad Tomista Argentina frente a las crisis en la cultura y en la Iglesia contemporáneas

Como se sabe, el Concilio Vaticano II afirma que la Iglesia es Sacramento universal de salvación para todos los hombres. Esta verdad cuya fuente encontramos en la teología de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, se refiere directamente a la *unidad* de la Iglesia contenida en la Sagrada Eucaristía. La Iglesia, unida a Cristo Cabeza, es Sacramento porque es la Eucaristía misma. En este Concilio encontramos la culminación de la vida de la Iglesia durante el siglo XX. Si consideramos dos periodos simétricos de unos 60 años cada uno antes y después de la celebración de este magno acontecimiento, podremos observar —como muchas veces sucede en la historia de la Iglesia— una especie de acercamiento y de alejamiento de un núcleo central que está contenida en esa verdad eucarística descrita. Podríamos centralizar este movimiento en una especie de *dialéctica* entre mística y moral, con una derivación *moralística*, radicada en la historia y filosofía modernas, con dos variantes: 1) *formalista* y 2) *relativista*. Estas prevalecen antes y después del Concilio respectivamente.

El moralismo, en efecto, es una *deformación de la verdadera moral*, cuya plenitud se alcanza por la vida en Cristo perfecta, según la gracia que sana y perfecciona la naturaleza. Como señalaba el padre Juan González Arintero, OP, se produjo un proceso de decadencia de la vida mística en la modernidad católica, durante trescientos o cuatrocientos años. Como consecuencia de esto se da paralelamente un proceso de decadencia de la metafísica, que en su núcleo fundamental es también mística.

Antes de la celebración del Concilio, estos procesos inducen un *reduccionismo* en la vida de la Iglesia que crecientemente se concentra en una práctica religiosa en la cual es difícil escapar de la tentación de centrarse en los actos externos, y de reemplazar la mística por un tipo de moral expresada por la filosofía moderna, especialmente de Kant. El carácter *antinatural* de esta visión, moral y religiosa es difícil de negar, y se hace cada vez más evidente, produciendo reacciones incapaces de superarla, como el modernismo de principios del siglo XX y algunas de las derivaciones teológicas de los años 50' del mismo siglo que con mucha claridad presenta el Papa Pio XII en su encíclica *Humani Generis*. Encontramos aquí un testimonio excepcional de la situación de esos años —tan decisivos para comprender nuestra situación—, que podríamos concentrar con un término expresivo sintético: *naturalismo*, conectado con múltiples corrientes filosóficas, psicológicas, sociológicas

artísticas, y culturales en general, presentes en esos años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Atendamos a algunas constataciones del papa Pacelli.

“En las materias de la teología, algunos pretenden disminuir lo más posible el significado de los dogmas y librar el dogma mismo de la manera de hablar tradicional ya en la Iglesia y de los conceptos filosóficos usados por los doctores católicos, a fin de volver, en la exposición de la doctrina católica, a las expresiones empleadas por las Sagradas Escrituras y por los Santos Padres. Así esperan que el dogma, despojado de los elementos que llaman extrínsecos a la revelación divina, se pueda coordinar fructuosamente con las opiniones dogmáticas de los que se hallan separados de la Iglesia, para que así se llegue poco a poco a la mutua asimilación entre el dogma católico y las opiniones de los disidentes. Reducida ya la doctrina católica a tales condiciones, creen que ya queda así allanado el camino por donde se pueda llegar, según exigen las necesidades modernas, a que el dogma pueda ser formulado con las categorías de la filosofía moderna, ya se trate del Inmanentismo, o del Idealismo, o del Existencialismo, ya de cualquier otro sistema. Algunos más audaces afirman que esto se puede, y aún debe hacerse, porque los misterios de la fe —según ellos— nunca se pueden significar con conceptos completamente verdaderos, mas sólo con conceptos aproximativos —así los llaman ellos— y siempre mutables, por medio de los cuales de algún modo se manifiesta la verdad, sí, pero necesariamente también se desfigurara. Por eso no creen absurdo, antes lo creen necesario del todo, el que la teología, según los diversos sistemas filosóficos que en el decurso del tiempo le sirven de instrumento, vaya sustituyendo los antiguos conceptos por otros nuevos, de tal suerte que con fórmulas diversas y hasta cierto punto aun opuestas —equivalente, dicen ellos— expongan a la manera humana aquellas verdades divinas. Añaden que la historia de los dogmas consiste en exponer las varias formas que sucesivamente ha ido tomando la verdad revelada, según las diversas doctrinas y opiniones que a través de los siglos han ido apareciendo.¹” He aquí el núcleo de lo que más tarde se denominaría “progresismo”.

El texto de Pio XII manifiesta con claridad cómo, en una época de aparente solidez moral y religiosa, pero no exenta de moralismo, se va gestando un tipo de relativismo, primero filosófico y dogmático y luego, como consecuencia de este, y sobre todo del formalismo moralista precedente, también moral, como podemos comprobar con evidente claridad en nuestros días. Sigue diciendo *Humani Generis*:

¹ Pio XII, *Humani Generis*, n.9.

“Por lo dicho es evidente que estas tendencias no sólo conducen al llamado relativismo dogmático, sino que ya de hecho lo contienen, pues el desprecio de la doctrina tradicional y de su terminología favorecen demasiado a ese relativismo y lo fomentan. Nadie ignora que los términos empleados, así en la enseñanza de la teología como por el mismo Magisterio de la Iglesia, para expresar tales conceptos, pueden ser perfeccionados y precisados; y sabido es, además, que la Iglesia no siempre ha sido constante en el uso de aquellos mismos términos. También es cierto que la Iglesia no puede ligarse a un efímero sistema filosófico; pero las nociones y los términos que los doctores católicos, con general aprobación, han ido reuniendo durante varios siglos para llegar a obtener algún conocimiento del dogma, no se fundan, sin duda, en cimientos tan deleznable. Se fundan, realmente, en principios y nociones deducidas del verdadero conocimiento de las cosas creadas; deducción realizada a la luz de la verdad revelada, que, por medio de la Iglesia, iluminaba, como una estrella, la mente humana. Por eso no es de admirar que algunas de estas nociones hayan sido no sólo empleadas, sino también aprobadas por los concilios ecuménicos, de tal suerte que no es lícito apartarse de ellas.²”

Algunos sostienen que estas expresiones, y otras semejantes del magisterio posterior, significan que es lícito e incluso provechoso alejarse, sobre todo, del pensamiento de Santo Tomás para utilizar otras formas de filosofía que serían equivalentes en su función de auxiliar la Teología. Está claro, si embargo, que se refieren a la expresión externa, y no a los verdaderos hábitos sapienciales y científicos, que el magisterio de la Iglesia reconoce eminentemente expresados en el verdadero tomismo. Por eso Pio XII continúa en la línea de Leon XII:

“Por todas estas razones, pues, es de suma imprudencia el abandonar o rechazar o privar de su valor tantas y tan importantes nociones y expresiones que hombres de ingenio y santidad no comunes, bajo la vigilancia del sagrado Magisterio y con la luz y guía del Espíritu Santo, han concebido, expresado y perfeccionado —con un trabajo de siglos— para expresar las verdades de la fe, cada vez con mayor exactitud, y (suma imprudencia es) sustituirlas con nociones hipotéticas o expresiones fluctuantes y vagas de la nueva filosofía, que, como las hierbas del campo, hoy existen, y mañana caerían secas; aún más: ello convertiría el mismo dogma en una caña agitada por el viento. Además de que el desprecio de los términos y nociones que suelen emplear los teóricos escolásticos conducen forzosamente a debilitar la

² Pio XII, *Humani Generis*, n.10.

teología llamada especulativa, la cual, según ellos, carece de verdadera certeza, en cuanto que se funda en razones teológicas.³”

Karl Rahner agregaría, después del Concilio, en su famoso *Curso fundamental sobre la fe*, que la teología no solamente debe basarse sobre los variados sistemas filosóficos modernos y contemporáneos, sino también sobre todas las formas culturales, especialmente desarrolladas y comprendidas como “ciencias humanas”: psicologías, sociologías, teorías antropológicas e históricas, económicas, jurídicas. A esto se ha agregado hoy el pluralismo religioso como fuente de la teología. Se refiere todavía la *Humani Generis* a la filosofía, como lo había ya hecho León XIII.

“Por ello es muy deplorable que hoy en día algunos desprecien una filosofía que la Iglesia ha aceptado y aprobado, y que imprudentemente la apelliden anticuada por su forma y racionalística (así dicen) por el progreso psicológico. Pregonan que esta nuestra filosofía defiende erróneamente la posibilidad de una metafísica absolutamente verdadera; mientras ellos sostienen, por lo contrario, que las verdades, principalmente las trascendentales, sólo pueden convenientemente expresarse mediante doctrinas dispares que se completen mutuamente, aunque en cierto modo sean opuestas entre sí. Por ello conceden que la filosofía enseñada en nuestras escuelas, con su lúcida exposición y solución de los problemas, con su exacta precisión de conceptos y con sus claras distinciones, puede ser útil como preparación al estudio de la teología escolástica, como se adaptó perfectamente a la mentalidad del Medievo; pero —afirman— no es un método filosófico que responda ya a la cultura y a las necesidades modernas. Agregan, además, que la filosofía perenne no es sino la filosofía de las esencias inmutables, mientras que la mente moderna ha de considerar la existencia de los seres singulares y la vida en su continua evolución. Y mientras desprecian esta filosofía ensalzan otras, antiguas o modernas, orientales u occidentales, de tal modo que parecen insinuar que, cualquier filosofía o doctrina opinable, añadiéndole —si fuere menester— algunas correcciones o complementos, puede conciliarse con el dogma católico. Pero ningún católico puede dudar de cuán falso sea todo eso, principalmente cuando se trata de sistemas como el inmanentismo, el idealismo, el materialismo, ya sea histórico, ya dialéctico, o también el existencialismo, tanto si defiende el ateísmo como si impugna el valor del raciocinio en el campo de la metafísica.⁴” A esto debería agregarse la fenomenología y diversas formas de hermenéutica.

³ Pío XII, *Humani Generis*, n.11.

⁴ Pío XII, *Humani Generis*, n.26.

La claridad teológica y filosófica que prevalecía en la Iglesia durante muchos siglos estaba basada sobre dos factores fundamentales, la teología mística y la metafísica. Es esta claridad producida por la fe, y auxiliadora, de esta la que intentó recuperar con gran éxito el papa León XIII con su encíclica *Aeterni Patris* sobre la función de la filosofía tomista en el contexto de la vida eclesial y cultural contemporáneas. En este sentido, afirmaremos que el Concilio Vaticano II es la culminación de la gran obra de renovación espiritual e intelectual de la Iglesia iniciada con el retorno a Santo Tomás de Aquino como había propuesto este gran papa.

Pasemos a analizar un factor que se hizo visible con mucha fuerza durante el Concilio y poco después. Es por el motivo de esa claridad de fe y de razón recién mencionada que no encontramos, en el magisterio eclesial, durante tanto tiempo, reflexiones explícitas sobre lo que hoy se denomina *cultura*. La centralidad de la Religión y de la filosofía, por otra parte, también en la cultura general, producía el efecto de hacer innecesaria, aparentemente, una reflexión sobre la misma cultura. A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en el ámbito de reflexión profana, el panorama cambia grandemente. La expansión del mundo incipientemente interconectado, el influjo de corrientes de pensamiento atentas a los fenómenos humanos en el contexto de la modernidad, y la ocupación efectiva de toda su geografía hacía manifiestamente necesaria una reflexión acerca de la multiplicidad de expresiones de la vida humana. Es así como se llega a una *filosofía de la cultura* y una *antropología cultural*. Esta filosofía aparece en general en un contexto en el cual se tiende a cancelar de la vida social, por múltiples razones derivadas inmediatamente de la filosofía moderna, el carácter *místico* de la existencia, la fe y la metafísica, reemplazándolo por una reflexión racional sobre las relaciones e interconexión de las diversas formas culturales.

El papa León XIII, en *Aeterni Patris*, describía de esta manera la situación al iniciar el período histórico que nos ocupa: “ahora, por la gravedad del asunto y la condición de los tiempos, nos vemos compelidos por segunda vez a tratar con vosotros de establecer para los estudios filosóficos un método que no solo corresponda perfectamente al bien de la fe, sino que esté conforme con la misma dignidad de las ciencias humanas. Si alguno fija la consideración en la acerbidad de nuestros tiempos, y abraza con el pensamiento la condición de las cosas que pública y privadamente se ejecutan, descubrirá sin duda la causa fecunda de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen, como de los que tememos, consiste en que los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escuelas de los filósofos, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad recibidos por el común sufragio de muchos. Pues siendo natural al hombre que en el obrar tenga a la razón

por guía, si en algo falta la inteligencia, fácilmente cae también en lo mismo la voluntad; y así acontece que la perversidad de las opiniones, cuyo asiento está en la inteligencia, influye en las acciones humanas y las pervierte. Por el contrario, si está sano el entendimiento del hombre y se apoya firmemente en sólidos y verdaderos principios, producirá muchos beneficios de pública y privada utilidad.”

Desde el punto de vista natural, la filosofía contiene la raíz de los problemas humanos. Pero la filosofía naturalmente fructifica en una cultura. El Concilio Vaticano II es el primer gran texto magisterial que reflexiona explícitamente sobre la cultura, muy especialmente en la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*. A su vez, el Concilio Vaticano II es un evento histórico que lleva a su cumplimiento máximo la reflexión sobre la cultura cristiana a partir del extraordinario desarrollo de la teología y de la filosofía del siglo XIII en Europa, en el que ocupa un lugar central Santo Tomás de Aquino.

Si consideramos el periodo de los sesenta años que hemos dicho, podemos encontrar los frutos de la labor del Papa León XIII, que con profético ingenio en su encíclica sobre Santo Tomás de Aquino, denominada *Aeterni Patris* individualizó el remedio para los males múltiples provocados por tantas corrientes de la filosofía moderna que derivaron en el moralismo indicado, en un retorno a la filosofía y a la teología de Santo Tomás de Aquino como heredero de la tradición patristica y de la cultura clásica. A partir de esta intuición, en la primera mitad del siglo XX florecieron los estudios de distintas disciplinas filosóficas, y de las varias ramas de la teología coordinadas por la teología mística y por la metafísica.

Pero después del Concilio Vaticano II reaparecen los males, no curados suficientemente, de la situación anterior al Concilio presentados por el Papa Pio XII en su encíclica *Humani Generis*, con el agravante de la confusión provocada por desaparición, como factor de unificación y armonía de la teología mística espiritual —no del todo valorizada antes— y de la metafísica como Sabiduría suprema en el orden natural, al servicio de la revelación. Si la Iglesia, a través del Concilio, había intentado elevar el interés por la cultura que caracterizaba la vida católica en los decenios precedentes a dicho evento, este interés, en parte, resultó contraproducente en el contexto del aceleración de los cambios y revoluciones producidos en el mundo político y académico después del Concilio. Este hecho, que hace —más allá e inclusive en contra de las apariencias— resaltar la necesidad de la renovación emprendida por este, pone de manifiesto, a su vez, la gravedad de la situación de deformación anterior no suficientemente percibida. Recordemos factores como la revolución sexual de raíz freudiana, el comunismo y la mentalidad de izquierda, el acceso amplio a la instrucción de cariz enciclopédico e iluminista, en los distintos niveles del sistema educativo,

la intensificación del uso de los medios de comunicación modernos, el crecimiento económico vertiginoso y el nuevo bienestar de amplias franjas de población junto con diferencias sociales percibidas de modo nuevo, el interés por la vida mundana producido con ocasión del abandono de una vida religiosa, que en grandes masas de población era evidentemente superficial —y sigue siéndolo—, justamente por la ausencia de ese factor místico que en el Concilio Vaticano II aparece como el elemento clave de la restauración auténtica y del perfeccionamiento de la vida católica en el mundo moderno para llevarlo a Cristo, como habían preconizado los papas anteriores en su magisterio, desarrollado por el mismo texto conciliar. Atendamos al texto de *Gaudium et Spes* sobre el sano fomento del progreso cultural:

“Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallen unidas estrechísimamente. Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano. De aquí se sigue que la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico y social y que la palabra cultura asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de culturas. Estilos de vida común diversos y escala de valor diferentes encuentran su origen en la distinta manera de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de desarrollar las ciencias, las artes y de cultivar la belleza...”⁵

El texto distingue con claridad “cultura” y “culturas” de una manera que no sin consecuencias va desapareciendo en la teología y en el mismo magisterio de la Iglesia posterior. La cultura en su aspecto superior, la teología y la metafísica, más allá del lenguaje y los condicionamientos imaginativos, es una sola. Esta cultura tiene su consecuencia inmediata en el “culto”, cultura en el sentido humano principal, como expresión de la única y definitiva Religión verdadera. Cuando desaparece el centro místico y metafísico de las culturas, estas y su conjunto degeneran en lo que explícitamente se auto denominó *relativismo cultural*. Este relativismo

⁵ GS, II, c.2 Introducción, n.53.

continúa en una simbiosis con el pluralismo de concepciones filosóficas y humanistas contemporáneo y reingresa en la teología contemporánea e incluso en la praxis pastoral derivada de ella bajo la forma de un nuevo moralismo, esta vez ya no solo formalista en el estilo de las categorías kantianas, sino también ahora profunda e insanablemente relativista, a punto tal que se vuelve inútil y nocivo el recurso al conjunto de la situación cultural sobre este establecida con el objeto de establecer un diálogo en el orden filosófico y religioso. El pasaje al relativismo en la teología es rápido. Consiste en la identificación de la pluralidad de corrientes filosóficas modernas y contemporáneas, cada vez más alejadas de su información superior teológica, y de la metafísica, con formas de cultura legítimas y aceptables que pueden y deben convivir armónicamente, sin refutaciones ni impugnaciones de errores, con las formas de filosofía perenne, incluido el tomismo, consideradas solamente como fenómenos históricos, a lo sumo aceptables para su época, pero destinadas a ser superadas en nuevas formas, y sobre todo en una síntesis superadora, dinámica, y relativa a los nuevos contextos. Con espíritu profético, el papa León XIII inició una magna obra cultural católica, cuya culminación encontraríamos en el Concilio Vaticano II. Dice el autor de *Aeterni Patris* respecto del núcleo natural de la cultura, que es la filosofía:

“Enseguida los Doctores de la Edad Media, llamados escolásticos, acometieron una obra magna, a saber: reunir diligentemente las fecundas y abundantes mieses de doctrina, refundidas en las voluminosas obras de los Santos Padres, y reunidas, colocarlas en un solo lugar para uso y comodidad de los venideros. Cuál sea el origen la índole y excelencia de la ciencia escolástica, es útil aquí, Venerables hermanos, mostrarlo más difusamente con las palabras de sapientísimo varón, nuestro predecesor, Sixto V: «Por don divino de Aquél, único que da el espíritu de la ciencia, de la sabiduría y del entendimiento, y que enriquece con nuevos beneficios a su Iglesia en las cadenas de los siglos, según lo reclama la necesidad, y la provee de nuevos auxilios fue hallada por nuestros santísimos mayores la teología escolástica, la cual cultivaron y adornaron principalísimamente dos gloriosos Doctores, el angélico Santo Tomás y el seráfico San Buenaventura, clarísimos Profesores de esta facultad... con ingenio excelente, asiduo estudio, grandes trabajos y vigiliás, y la legaron a la posteridad, dispuesta óptimamente y explicada con brillantez de muchas maneras. Y, en verdad, el conocimiento y ejercicio de esta saludable ciencia, que fluye de las abundantísimas fuentes de las Divinas Letras, Sumos Pontífices, Santos Padres y Concilios, pudo siempre proporcionar grande auxilio a la Iglesia, ya para entender e interpretar verdadera y sanamente las mismas Escrituras, ya para leer y explicar más segura y útilmente los Padres, ya para descubrir y rebatir los varios errores y herejías; pero en estos últimos días, en que llegaron ya los tiempos peligrosos descritos por el Apóstol, y hombres blasfemos, soberbios,

seductores, crecen en maldad, errando e induciendo a otros a error, es en verdad sumamente necesaria para confirmar los dogmas de la fe católica y para refutar las herejías.”⁶

Y el papa insiste enseguida acerca de la importancia de la filosofía contenida en la teología y en la tradición:

“Palabras son éstas que, aunque parezcan abrazar solamente la teología escolástica, está claro que deben entenderse también de la filosofía y sus alabanzas. Pues las preclaras dotes que hacen tan temible a los enemigos de la verdad la teología escolástica, como dice el mismo Pontífice «aquella oportuna y enlazada coherencia de causas y de cosas entre sí, aquel orden y aquella disposición como la formación de los soldados en batalla, aquellas claras definiciones y distinciones, aquella firmeza de los argumentos y de las agudísimas disputas en que se distinguen la luz de las tinieblas, lo verdadero de lo falso, las mentiras de los herejes envueltas en muchas apariencias y falacias, que como si se les quitase el vestido aparecen manifiestas y desnudas»; estas excelsas y admirables dotes, decimos, se derivan únicamente del recto uso de aquella filosofía que los maestros escolásticos, de propósito y con sabio consejo, acostumbraron a usar frecuentemente aun en las disputas filosóficas. Además, siendo propio y singular de los teólogos escolásticos el haber unido la ciencia humana y divina entre sí con estrechísimo lazo, la teología, en la que sobresalieron, no habría obtenido tantos honores y alabanzas de parte de los hombres si hubiesen empleado una filosofía manca e imperfecta o ligera.”⁷

Enseguida el papa indica, como lo harían solemnemente sus sucesores, y como reafirma el Concilio Vaticano II, el papel de guía principal que posee la filosofía del Aquinate:

“Ahora bien: entre los Doctores escolásticos brilla grandemente Santo Tomás de Aquino, Príncipe y Maestro de todos, el cual, como advierte Cayetano, «por haber venerado en gran manera los antiguos Doctores sagrados, obtuvo de algún modo la inteligencia de todos». Sus doctrinas, como miembros dispersos de un cuerpo, reunió y congregó en uno Tomás, dispuso con orden admirable, y de tal modo las aumentó con nuevos principios, que con razón y justicia es tenido por singular apoyo de la Iglesia católica; de dócil y penetrante ingenio, de memoria fácil y tenaz, de vida integérrima, amator únicamente de la verdad, riquísimo en la ciencia divina y humana, comparado al sol, animó al mundo con el calor de sus virtudes, y le iluminó con esplendor. No hay parte de la filosofía que no haya tratado aguda y a la vez sólidamente: trató de las leyes del raciocinio, de Dios y de las substancias incorpóreas, del hombre y de otras cosas sensibles, de los actos humanos y de sus principios, de tal modo, que no se echan de menos en él, ni la abundancia de cuestiones, ni la oportuna disposición de las partes, ni la firmeza de los

⁶ LEÓN XIII, *Aeterni Patris*, Roma 1879..

⁷ LEÓN XIII, *Aeterni Patris*, Roma 1879..

principios o la robustez de los argumentos, ni la claridad y propiedad del lenguaje, ni cierta facilidad de explicar las cosas abstrusas.⁸”

No se trata simplemente de una filosofía útil en el contexto del racionalismo, idealismo, positivismo y materialismo del siglo XIX. Se trata, por el contrario, de su valor intrínseco manifestativo de la *veritas rerum*, y de su capacidad para combatir los errores, tarea que, por otra parte, recuerda también el Concilio Vaticano II, contra la difundida idea de su presunto irenismo. Continúa Leon XIII:

“Añádese a esto que el Doctor Angélico indagó las conclusiones filosóficas en las razones y principios de las cosas, los que se extienden muy latamente, y encierran como en su seno las semillas de casi infinitas verdades, que habían de abrirse con fruto abundantísimo por los maestros posteriores. Habiendo empleado este método de filosofía, consiguió haber vencido él solo los errores de los tiempos pasados, y haber suministrado armas invencibles, para refutar los errores que perpetuamente se han de renovar en los siglos futuros. Además, distinguiendo muy bien la razón de la fe, como es justo, y asociándolas, sin embargo amigablemente, conservó los derechos de una y otra, proveyó a su dignidad de tal suerte, que la razón elevada a la mayor altura en alas de Tomás ya casi no puede levantarse a regiones más sublimes, ni la fe puede casi esperar de la razón más y más poderosos auxilios que los que hasta aquí ha conseguido por Tomás.⁹”

Así, pues, Santo Tomás es ayuda imprescindible para refutar las desviaciones teológicas y los innumerables errores filosóficos y culturales de nuestra época. Uno de los aspectos prácticos a los que hay que atender en esta tarea, como nos lo enseña el último Concilio, es el del apostolado —hoy se diría pastoral— de la cultura, cuya traducción inmediata es en nuestros días la vida, investigación, formación o deformación, e instrucción universitaria. Decía Mons. Giuseppe Canovai en la revista de los Cursos de Cultura Católica de Buenos Aires, que constituyeron el núcleo principal de la renovación del tomismo en la Argentina, de la Universidad Católica, y de la Sociedad Tomista Argentina, en los años en los que se gestaba la mentalidad contemporánea en el mundo y la Iglesia:

“Cada año gran número de jóvenes pierde en las aulas de la universidad la fe que iluminó su infancia: cuantos sabios cuyo nombre ha resonado y resuena aún con fama mundial, podrían indicar el año, el mes y, tal vez, el día en que cesaron de ser cristianos. Hecho tan doloroso, como indiscutible, y, a pesar de su gravedad extrema, no suficientemente estudiado: el R.P. Grandmaison en un opúsculo, que hoy se ha hecho raro, *-La crise religieuse chez la jeunesse-* ha examinado este problema con su acostumbrada fineza... Me permito resumir, según mi pobre y

⁸ LEÓN XIII, *Aeterni Patris*, Roma 1879.

⁹ LEÓN XIII, *Aeterni Patris*, Roma 1879.

modesta experiencia, las que creo ser las causas principales de este fenómeno: Una formación religiosa fundada sobre el sentimiento y demasiado poco nutrida de motivación intelectual y de reflexión personal, que no ahonda en las fuerzas vivas: cabeza y corazón. Una práctica de piedad hecha demasiado de costumbre y demasiado poco de convicción íntima de empeño y esfuerzo personal. La falta de una comprensión profunda, sentida, de la significación entera de nuestra vida sobrenatural como de la influencia que ella debe tener sobre nuestra voluntad y nuestro carácter, y por esto la falta de energía, de firmeza interior: almas sin médula.¹⁰”

Si es riesgoso atender a la cultura en la vida de la Iglesia para huir del moralismo formalista, como intentó hacer el Vaticano II, es más riesgoso no atender a ella para caer en un moralismo peor, de matriz relativista. Es lo que observamos en nuestros días, después de un abandono práctico creciente de la actividad intelectual y cultural en la Iglesia, para concentrar las pocas fuerzas, sin visión estratégica en nuevas cuestiones morales cuya consideración se desconecta de la mística, de la metafísica, y de la filosofía entera, considerada como secundaria e incluso prescindible.

En este sentido está claro que la tradición de nuestra Sociedad Tomista Argentina nos hace responsables de una misión fundamental para la vida de la Iglesia, no solamente en sentido local, sino crecientemente de manera universal, atendiendo a las nuevas circunstancias de nuestra realidad contemporánea. Terminamos con el mensaje del P. Giovanni Cavalcoli, OP, uno de nuestros expositores destacados, que nos enviara desde Italia:

"Querido y Reverendo Andereggen, he recibido el programa de la Congreso y agradezco. Deseo expresar mi gran satisfacción por este acontecimiento histórico de la vida eclesial, que honra de modo particular a la Argentina, patria del Santo Padre. Espero que este acontecimiento extraordinario de un nuevo impulso a la fidelidad al pensamiento de Tomás de Aquino, recientemente recomendado por el Sumo Pontífice. Rezaré para que el Señor les conceda un gran éxito. Un cordial saludo. P. Giovanni Cavalcoli".¹¹

Ignacio E. M. Andereggen

¹⁰ GIUSEPPE CANOVAI, *Recuerdos y experiencias del apostolado universitario*, en "La hoja informativa" [de los Cursos de Cultura Católica], 57-77, Buenos Aires.

¹¹ "Caro e Rev.do Andereggen, ho ricevuto il programma del Convegno e la ringrazio. Voglio esprimere il mio grande compiacimento per questo evento storico della vita ecclesiale, che fa particolarmente onore all'Argentina, la Patria del Santo Padre. Il mio auspicio è che questo accadimento straordinario possa dare un rinnovato impulso alla fedeltà al pensiero dell'Aquinate, recentemente raccomandato dal Sommo Pontefice. Pregherò perchè il Signore vi conceda un grande successo. Un caro saluto. P. Giovanni Cavalcoli."

Resumen: La misión del tomismo y de la Sociedad Tomista Argentina frente a las crisis en la cultura y en la Iglesia contemporáneas

Si consideramos dos periodos simétricos de unos 60 años cada uno antes y después de la celebración de este magno acontecimiento, podremos observar —como muchas veces sucede en la historia de la Iglesia— una especie de acercamiento y de alejamiento de un núcleo central que está contenida en esa verdad eucarística descrita. Podríamos centralizar este movimiento en una especie de *dialéctica* entre mística y moral, con una derivación *moralística*, radicada en la historia y filosofía modernas, con dos variantes: 1) *formalista* y 2) *relativista*. Estas prevalecen antes y después del Concilio respectivamente.

El moralismo, en efecto, es una *deformación de la verdadera moral*, cuya plenitud se alcanza por la vida en Cristo perfecta, según la gracia que sana y perfecciona la naturaleza. Santo Tomás es ayuda imprescindible para refutar las desviaciones teológicas y los innumerables errores filosóficos y culturales de nuestra época. Uno de los aspectos prácticos a los que hay que atender en esta tarea, como nos lo enseña el último Concilio, es el del apostolado —hoy se diría pastoral— de la cultura, cuya traducción inmediata es en nuestros días la vida, investigación, formación o deformación, e instrucción universitaria.

Curriculum Ignacio Andereggen

IGNACIO ANDEREGGEN es Sacerdote de la Arquidiócesis de Buenos Aires, donde nació en 1958. Doctor en Filosofía y Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Profesor Invitado en la Facultad de Teología de la Universidad Gregoriana durante décadas y también en el Pontificio Ateneo Regina Apostolorum de Roma. Profesor en ambas facultades de Filosofía. Ex alumno del Almo Collegio Capranica de Roma. Es profesor Ordinario Titular de Metafísica y Gnoseología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Socio correspondiente de la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino y de Religión Católica. Actualmente dirige tesis doctorales en universidades de Europa. Es presidente del Instituto internacional de Santo Tomás de Aquino y de San Juan de la Cruz y presidente de la Sociedad Tomista Argentina. Autor de numerosos libros y artículos.